

BUNGE

Una despedida insuficiente



Las construcciones científicas son humanas y nacen como dependientes de las circunstancias personales y de los contextos sociales. Cuando un científico se va, el tejido sociocognitivo sufre. Y tenemos derecho a estar apenados, porque es un sufrimiento social inexpressado y una pena individual sentida.

Ello es lo que inspira la muerte de Mario Bunge (1919-2020), sin dudas, el científico y filósofo argentino de mayor reconocimiento e importancia internacional. Su mente debió ser una estructura de múltiples preocupaciones y sus innumerables textos son la constancia de sus reales ocupaciones. Escribir para alentar el pensamiento.

Sus preocupaciones por la filosofía, la emergencia y la convergencia, la semántica y la ontología, no le impidieron referirse a la democracia y los socialismos, a los entornos sociales y políticos, en suma, a la comprensión de la realidad.

Su preocupación ética social es la razón fundamentada como norma para el pensamiento teórico y práctico. Una ciencia aplicable tanto en la discusión filosófica como en el debate político.

Su preocupación cognitiva ha sido tanto propositiva como reactiva. Ha iluminado caminos para la comprensión lógica tanto como que ha desnudado falacias en ciertos tipos de falsos conocimientos.

Su preocupación social ha sido reivindicar la ciencia como modelo para describir, entender y proyectar las realidades emergentes de las sinergias entre la naturaleza y los hombres organizados como sociedad.

Su acción intelectual y escrita pretende una sociedad formada para un esquema más justo y humano, avalado por una metodología científica capaz de dar consistencia a los logros de la humanidad. No en el sentido utópico de Platón, sino en el de las ciencias prudenciales de Aristóteles.



Impulsó una mirada holística, a partir de la articulación científica basada en el humanismo social. La actual circunstancia pandémica ha puesto en el primer plano la racionalidad social que devendría de aquella mirada. Y reivindica la propuesta de Bunge de la confianza en la ciencia para escapar de las pseudociencias, que nada tienen que ver con los sentimientos de supervivir a la desgracia inevitable de un virus. Creemos que *-en el campo de las ciencias económicas-* se deben señalar al menos dos ideas motivadoras y accionables: el concepto de tecnología social y el enfoque de las pseudociencias.

El primero (la sociotecnología) permite ubicar el método científico en el contexto social tanto para la resolución de problemas como para el entendimiento de las causas generadoras y sus efectos sobre la realidad. El concepto permite comprender y dar operatividad al análisis científico de las miradas críticas sobre la contabilidad y la administración.

La segunda *-las pseudociencias-* permite identificar un montón de engaños que se presentan como conocimientos probados. Una pesadilla que se desvanece cuando se las examina a la luz de la ciencia y se advierte que infectan la cultura.

Pseudo es un prefijo de origen griego que significa falso, engañoso, que aparenta ser. Las ciencias son conocimientos *-falibles-* que se caracterizan por ser racionales, sistemáticos, exactos y verificables. La sociedad acepta e incentiva las ciencias útiles para que los humanos actúen entre sí y con la naturaleza, y comprendan y solucionen los problemas emergentes. Las ciencias son deseables, las pseudociencias son un engaño para la sociedad.

Bunge destaca *-de entre ellas-* a la economía ortodoxa, a la que define como la pseudociencia que sustenta las políticas económicas de los gobiernos conservadores y reaccionarios, que son enemigos del bienestar de la gente común.

Es en la actividad económica *-quizás por la relación antropológica entre negocios y engaños (piénsese en la Contabilidad Creativa, p. e.)-* en la que el pensamiento dominante ha impuesto una abundancia de engaños, que suelen repetirse con entusiasmo y enseñarse como dogma en buena parte de las universidades del mundo.

El orgullo de la ortodoxia económica, el neoliberalismo, suele recurrir a los engaños económicos con un doble objetivo: contribuir a formar un sentido común de optimismo en el futuro y reconocer errores que afectan la vida de la gente (que se presentan como involuntarios y originados



en aquel optimismo). Algo así como decir: porque somos optimistas cometemos errores.

Quiero con esto decir, que los engaños (incluso el “mentime, que me gusta”) no son casualidad sino causalidad porque engañan sobre el porvenir. Es una estrategia de poder. Tenemos una fuerte propensión a aceptar las creencias sobre el destino. Y no sólo en las religiones. La alquimia promete transmutar las piedras en oro; la astrología, descubrir nuestro futuro, la caracterología, imponer el creacionismo científico sobre el origen de la vida, la grafología, conocernos a través de la escritura... la ovniología, la parapsicología...

Pero Bunge va más allá y advierte que el neoliberalismo es una pseudociencia peligrosa para la humanidad. Ese peligro se funda en su contenido autocomplaciente, en la borrosa concepción de la transparencia, en la ética de la conveniencia de la postverdad, en el reconocimiento del egoísmo por sobre la solidaridad, en la prevalencia de la moneda sobre las cosas, y de las finanzas especulativas sobre la producción social.

Todo ello impulsa la necesidad de un cambio en la teoría económica para dejar atrás el suicidio humano de la sociedad de consumo y lograr un buen vivir en armonía con la naturaleza. Deberíamos reflexionar con Bunge en el reconocimiento de un camino científico para la construcción social pacífica y humana.

Bravo, maestro Bunge! Nos ha mostrado el camino del esfuerzo intelectual y la praxis política. Nos ha enseñado. Ha compartido saberes sobre los cuales tenemos temor de no saber interpretarlos. Pondremos nuestro empeño en ello. Por siempre anidará en nuestra mente, por la excelencia académica y la eficiencia social de sus planteos. Y en nuestros corazones porque ha sido un buen hombre que propone una buena sociedad.

Es triste que sólo en el momento de su partida hayamos comprendido la importancia que para Latinoamérica tiene el nombre, el pensamiento y la obra de este gran pionero. Es triste que sólo ahora, que ya no puede escucharnos, le agradezcamos haber puesto el nombre de nuestra tierra en el terreno de la ciencia, justo entonces, cuando nadie contaba con nosotros. Gracias, Maestro. Por siempre. Por todo.

Patagonia argentina, otoño de 2020 (y en cuarentena).

Jorge Manuel Gil
Director Emérito.

Hacia el siglo X, mientras Europa ignoraba los secretos del sistema solar y luchaba con varios calendarios, el imperio Maya abrió sus ojos al cielo, calculó con asombrosa precisión la duración exacta del ciclo solar anual de 365.24 días, descubrió la órbita elíptica de Venus y cartografió los ciclos de Mercurio, Marte, Júpiter y Saturno. En el sitio precolombino de Chichén Itzá, se erige El Caracol, el más famoso observatorio astronómico maya, que atrae la atención por la utilización de avanzadas técnicas ingenieriles para su construcción y diseño arquitectónico. En especial, sorprende la mampostería en el levantamiento de sus muros en forma de espiral, y desde allí se apreciaba el movimiento del Sol, la Luna y los grandes planetas, de manera que los astrónomos brindaban información de las épocas de lluvias y sequía, los eclipses, los solsticios y equinoccios, las estaciones, el clima y los cambios del planeta. El conocimiento de los astros y la lectura de su cosmovisión eran privilegio de la clase sacerdotal, ubicada en lo alto de la escala social, y su saber le permitió a los Mayas planear su economía y sustento, así como otras actividades propias de su cultura, como las fiestas religiosas y los matrimonios.

María Elena Rendón S.
Politécnico Colombiano.

